



PERIODICO ILUSTRADO PARA LOS NIÑOS.

SE PUBLICA LOS DIAS 10, 20 Y 30 DE CADA MES.

PRECIOS DE SUSCRIPCION.

En Valencia: 6 rs. trimestre.—
Fuera de Valencia: 8 rs. idem.—
En Ultramar y el extranjero: 60
reales por año.

REDACCION Y ADMINISTRACION.

Calle de San Cristóbal, 8, entre-
suelo.

DIRECTOR Y PROPIETARIO:

DON ROBERTO IRANZO PALAVICINO.

Valencia 10 de Julio de 1871.

PUNTOS DE SUSCRIPCION.

En la Administración del periódico; en la imprenta de Dome-
nech, Avellanías, 21; en la librería
de Badal, plaza de la Constitución,
núm. 4; en la de Aguilar, calle
de Caballeros, núm. 1, y en la de
Mariana y Sanz, Hierros de la
Lonja, núm. 7.

AÑO I.

SUMARIO.

El eslabon de una cadena (continuación) (con grabado), por Don
Roberto Iranzo Palavicino.—Dulce venganza, por D. Francisco Mar-
tin Melgar.—La lluvia, cuento instructivo, por Doña Inés Henrich.—
Semilla y fruto, por D. José F. Sanmartín y Aguirre.—Memorias del
crúel Zapiron (con grabado), por D. Roberto Iranzo Palavicino.—Los
tres dones, cuento moral (con grabado), por Doña Faustina Saez de
Melgar.—Los inisñores, por D. Salvador Maria de Fábregues.—
Variedades.

EL ESLABON DE UNA CADENA.

(CONTINUACION.)

V.

El padre Juan, que así se llamaba el religioso,
había operado en mi con evangélica unción, un

cambio radical; desde entonces cumplí los pre-
ceptos que nos impone nuestra religion: visi-
taba diariamente el templo católico y aseguída
íbame muy contento á ganar un jornal que me
proporcionó el buen religioso.

En Argel continué algunos años, pero deseoso
de pisar tierra española, y viendo que mi enfer-
medad se iba agravando, hasta el punto de ser-
me imposible trabajar, preferí implorar la cari-
dad de mis compatriotas, á recibir limosna de
otras manos; ¿quizás creará V. que esta resolu-
cion fué hija de mi orgullo? No, señor conde,
era debida á ese orgullo nacional, innato en el
hombre, y en particular, en nosotros los espa-
ñoles: para nosotros, la mejor tierra, el mejor
sol, el cielo mas puro, se encuentra en España.

Decidido á abandonar la Argelia, solo me
faltaba encontrar un buque, cuyo patron me
transportase por caridad á algun puerto de la pe-
nínsula. La fortuna me deparó un valenciano,
patron del *laud Rosita*, que me admitió abordo y

á los pocos dias anclamos en las aguas del Guadalquivir, casi á la sombra de la histórica *Torre del Oro*, de la ciudad de Sevilla.

Aun estuve abordo del laúd algunos dias, y cuando el buque hubo hecho su cargamento, me despedí abrazando con efusion al caritativo patron, y casi arrastrando, ú otras veces montado sobre un pollino de los que suelen llevar sin carga los arrieros, pude llegar á estos contornos. Con la mayor resignacion sufrí estas penalidades y las que despues fueron sucediéndose ¡y las sufrí contento! pues eran la espacion de los crímenes cometidos por... ¡me averguenzo, señor conde!... por *Joseliyo*, el célebre bandido de Ecija, que desea vivamente tener un sacerdote junto á la cabecera de esta cama.

Cuando concluyó de hablar, le dijo el conde: —No es el ex-bandido el que me habla, es un pecador arrepentido, es un desgraciado, un hermano á quien tengo la dicha de socorrer en su afliccion y esto me basta; ahora, procure V. descansar, vea si le es posible conciliar el sueño, pues cuanto me acaba de relatar, sin duda le ha fatigado.

El mendigo tomó la aristocrática mano del conde y la besó agradecido. Poco despues, dormia tranquilamente: era el sueño del justo.

Aprovechando el conde los momentos de descanso de su protegido, escribió á su esposa la siguiente carta, á la cual no habia escrito desde su llegada al cortijo, porque los cuidados que prodigaba al enfermo se lo impidieron.

(Se concluirá.)

Roberto Iranzo Palavicino.

DULCE VENGANZA.

Sobre la mullida alfombra
Del verde césped florido,
Poblando alegres los aires
Con sus inocentes gritos,
Juegan en dulce consorcio
Una niña, junto á un niño,
Y á pocos pasos sentada
Bajo la sombra de un tilo,
Está su madre, gozando
Con su infantil regocijo,
Como el pastor goza viendo
Triscar á sus corderillos,
Como goza el ángel bueno
Arrancando un alma al vicio.
Mas de pronto presurosa,
Con los bracitos tendidos,
Corre la niña á su madre;
Buscando en ella un asilo,
Porque su iracundo hermano
Quiere pegarla, en castigo
De que trepando anhelantes
Por un agreste arbolillo,
Para ver si entre sus ramas
Encontraban algun nido,
Llegó la niña primero,
Haciendo escalon del niño,
Que cayó sobre la yerba
Rodando sin conseguirlo;
Y para vengar su afrenta,
En ira el rostro encendido,
Con una piedra en la mano

La persigue vengativo.
La madre entonces terciando
En el infantil conflicto,
Reparte sus tiernos besos
En las frentes de sus hijos.
Y estrechando entre sus brazos
Al rapazuelo ofendido,
Le dice así, con acento
Entre severo y solícito:
«Arroja al suelo esa piedra,
Abre tu mano, hijo mio,
Y en lo que voy á decirte
Mira un elocuente aviso.
Al cojerla, una violeta
Que germinaba á su abrigo,
Huyendo, como los buenos,
De la luz y del bullicio,
Has arrancado iracundo
Sin repararlo tú mismo.
Y en cambio la pobre flor,
¿Cómo venga tu delito?
Solo un tesoro tenia:
Su aroma delicadísimo,
Y al morir con él perfuma
La mano de su asesino.
Así se vengan las flores;
¡No lo olvides, hijo mio!

Francisco Martin Melgar.

LA LLUVIA.

—Cuento instructivo.—

—¡Oh, qué fastidio, qué fastidio! comenzar á llover precisamente cuando papá iba á llevarme á paseo; ¡vaya una agua inoportuna! debia llover por la noche y nada mas por la noche, y así, no se privaria uno de salir; ¡qué fastidio! Así se lamentaba Carlitos, asomado al balcon de su casa, vivamente contrariado por la menuda, pero espesa lluvia que empezaba á caer, obligando á los transeuntes á guarecerse en los portales de las casas, ó hacer uso de los paraguas de que algunos mas precavidos se habian provisto. Pero como sus lamentos, si bien para sí, los pronunciaba en voz alta, no pasaron desapercibidos para su papá, que le dijo:

—Ya ves, que no es posible salir hoy: hace bastante viento que indica que no cesará la lluvia en toda la tarde.

—¡Qué fastidio! repitió Carlitos, esforzándose en contener las lágrimas que se agolpaban á sus ojos.

—Hijo mio—dijo su padre sentándole sobre sus rodillas—comprendo que sentirás renunciar al paseo, pero despues que hayas llorado, que te hayas disgustado algun tanto ¿qué habrás conseguido?

—Nada, ya lo sé—contestó respetuosamente Carlitos—ni V. ni yo, podemos impedir que llueva, y si llueve, no se puede pasear, pero .. ello, es muy fastidioso!

—¿Quieres que consuele tu pesar?

—¡Sí, papá!

—Oye, pues: piensa el gozo que tendrán en este momento los labradores y los jardineros. Ya sabes que no ha llovido hace mucho tiempo, mas de un mes.

—Es verdad, mamá lo dijo ayer durante el almuerzo.

—¿Y recuerdas con qué motivo hablaba de esto?

—No señor... ¡Ah! sí... me parece que... habló del trigo y las cosechas, pero como yo no prestaba atencion y sí saboreaba los dulces que comia...

—Decíamos ayer—le interrumpió su papá—que si continuaba el tiempo tan seco, se perderian las cosechas; que

el trigo, el maíz, las patatas, las plantas todas, necesitan agua, ya ves que hoy deben estar muy contentos; viendo caer esa lluvia bienhechora que salva en parte las cosechas y que á tí te causa tan mal humor.

—¿Pero papá, dijo Carlos, por qué los labradores dejan secar los trigos y las legumbres y no hacen lo que yo todos los días con la jardinera de mamá?

—Un poquito mas de reflexion, querido Carlos—le contestó su papá—¿cómo quieres que se rieguen unos campos tan estensos si la mayor parte son terrenos secanos? ¿Dónde encontrar el agua necesaria? y aunque se encontrase, ¿cómo podrian acarrear y distribuir la cantidad suficiente aun cuando en este impropio trabajo empleasen todo el día y la noche? Esa manera de regar, es imposible para terrenos de gran estension, y lo prueba lo mucho que trabajan los jardineros para regar á mano los jardines, y estos, comparados con los campos, son pequeños trozos de terreno.

—Conozco, papá mio, que no he estado muy feliz, culpando á los labradores, pero ¿qué es la lluvia? ¿de dónde proviene esta agua benéfica, que agrada á unos y causa mal humor á otros...? pero ya lo sé: proviene de las nubes; ¿pero estas de dónde vienen? Si se van convirtiendo en agua desde el principio del mundo, ¿cómo es que Dios las forma á medida que la tierra las necesita?

—Hijo mio, cuando Dios crió el mundo, es decir, los astros que brillan en el cielo, la tierra y todos los seres, dispuso las cosas tan bien, que el universo marcha por sí solo, como la máquina de ese reloj que ves sobre la cornisa de la chimenea, con la diferencia que el reloj, obra de un hombre, se descompone, y el mundo, obra de Dios, no se des-arregla jamás. El que todo lo sabe, que todo lo puede, lo ha previsto y calculado todo de tal manera, que cuanto hace es perfecto, y no tiene necesidad de crear todos los días nuevas nubes que rieguen la tierra; el universo es una prueba palmaria de su sabiduría, él marcha de manera que ni la mas pequeña rueda de esa inmensa y complicada máquina jamás se descompone. Las nubes se forman por el efecto de los rayos del sol que cambian poco á poco en vapor las aguas del mar, los lagos y los rios. Esos vapores se elevan á cierta altura y flotan en el espacio á merced del viento y poco á poco van acumulándose, hasta que demasiado pesados para flotar, caen convertidos en benéfica lluvia que alimenta y renueva el caudal de agua de los rios, de suerte, que la cantidad de agua que existe sobre la tierra es siempre la misma.

—Pero ¿por qué—preguntó Carlos—vemos en las nubes tantos colores, estando compuestas de agua clara que se evapORIZA?

—El colorido de las nubes—hijo mio—tiene dos causas: la primera es que sean mas ó menos densas; cuanto mas ligeras son, mas diáfanas y blanquecinas nos parecen, y cuanto mas espesas, las vemos oscuras y casi negras. La segunda causa que les dá á veces colores tan brillantes es el sol; sus rayos al reflejarse sobre ellas les prestan esos tintes tan bellos.

—¿Cómo puede ser, no siendo blancos los rayos del sol?

—Si hubiera de explicarte esto—Carlitos querido—seria perder el tiempo, porque te faltan todavía los conocimientos necesarios para que lo comprendas, eres todavía muy niño, no obstante, ¡mira! he aquí un pedazo de cristal de *prismática* forma, ya ves que este pedazo es blanco, ¡mira, pues, á través de él! ¿qué ves?

—¡Qué bonito! veo muchos colores: azul, verde, amarillo... ¡qué bonito!

—Y sin embargo, el cristal es blanco como los vapores de las nubes que te parecen coloridas, por la misma causa que ese cristal se le parece tambien. Por esta razon no puedo explicártelo todavía como he dicho antes.

—¡Cuánto lo siento, papá mio!

—¿Sabes el medio seguro de llegar cuanto antes al estado de estudiar y comprender cosas tan bonitas é interesantes?

—¡Ya lo sé... cuando sea mayor! pero esto no depende de mí.

—El medio mejor es aplicándote en la lectura y escritura: cuando poseas estos conocimientos tan necesarios, podrás comenzar á aprender los rudimentos de las ciencias, nociones que son precisas para comprender lo que es el agua, el fuego, el viento, el trueno, el rayo, las máquinas de vapor é infinidad de cosas que hoy escitan tu curiosidad y sobre las cuales me diriges preguntas que yo, con sentimiento, no puedo contestar, á pesar de que en ello tendria un verdadero placer. Aplicate, hijo mio, y con el tiempo encontrarás la compensacion de tu trabajo poseyendo tan útiles como agradables conocimientos.

Inés Henrich.

SEMILLA Y FRUTO.

I.

Niño, ¿ves al campesino
Que en su rústica faena
La semilla vá sembrando
En el seno de la tierra
Para recojer mas tarde
Una abundante cosecha?

II.

Como el campesino tú
Vé sembrando en tu alma bella
La virtud inmaculada,
Y en esta vida ó la eterna
Recojerás, no lo dudes,
Mil bienes por recompensa.

José F. Sanmartín y Aguirre.

MEMORIAS DEL CRUEL ZAPIRON.

I.

Allá en el último rincon de un estrecho desvan, y junto á un tragaluz, que dá vistas á un tejado, se encuentra tomando el sol y lavándose la cara un gatazo, de nariz chata, bigote cano, pelada cola, y afiladas uñas.

Es Zapiron, el cruel, afamado enemigo de la raza ratonil.

Entre las uñas de su izquierda mano, tiene agarrado un rollo de papel, sobre el cual, se ven trazados varios renglones que su gatuna pluma, no há mucho que los escribió.

Aquellos papeles, contienen sus *Memorias* que, con la mas buena intencion, quiere legar á sus descendientes para que no olviden los consejos que en ellas deja consignados, y puedan á mansalva, adquirir la fama universal que él alcanzó.

Dicen así, las citadas memorias:

«Ni Buffon, ese fotógrafo de los animales, ni otro naturalista, han dicho cuanto hay acerca de las ratas y ratones, mis mas implacables enemigos. Se han contentado con retratarlos con tan pálidos colores que, no se acercan á la realidad.

La rata—dicen—es un animal voraz que habita los sitios oscuros y comete grandes destrozos; se le coje fácil-

mente con un cebo cualquiera, y con ayuda de trampas llamadas *ratoneras*.»

Y añaden dichos señores:

«El gato es el enemigo encarnizado de la rata.»

En esta última parte estoy conforme: somos y seremos siempre sus enemigos; es una tradicion de raza, pero en aquello de que *se le coje fácilmente*, que me dispensen los naturalistas, que opine lo contrario.

Ellos—los autores—no conocen la malicia de la rata, ni las picardihuelas de los ratoncillos: yo lo sé, gracias á la esperiencia del que contra ellos ha hecho veinte campañas, como lo prueban otros tantos diplomas, con cuyas condecoraciones puedo adornar mi pecho, y que por mi reconocida modestia, los guardo en el último rincon de la caja, en que un avaro encierra sus riquezas.

La rata es perspicaz, astuta: el ratoncillo es un mequetrefe de tan poco seso, que ha dado lugar por su estólida vivacidad á que se califique por esos mundos de *viveza ratonil*, á la irreflexion con que algunos niños contestan cuando se les pregunta.

No se por qué se ha dicho que, *gato con guantes no caza ratones*—si digeran no caza ratas—quizás se apro-

Ordinariamente, el gefe se nombra asimismo, por juzgarse rata superior á todas las demás.

Este llama á veces á sus consejos cierto número de veteranos que tienen derecho á ser consultados, como ratas cuya ciencia la deben á sus años y esperiencia.

El consejo se reúne muy pocas veces, segun la gravedad del caso.

Si el edificio en donde moran, deja oír sus supremos crujidos para desmoronarse, porque amenaza ruina, entonces, el gefe aguza el oído y lanza un prolongado chillido que, indica la urgencia del consejo, y pocos momentos despues se halla rodeado de sus consejeros.

Toma la palabra y pronuncia un breve discurso, que concluye con estas frases:

—Esta casa, viene sin remedio al suelo; sus ruinas, pueden aplastar á nuestras familias; ¿qué hacemos?

—Emigrar, es la contestacion del consejo.

Entonces el gefe lanza un lúgubre chillido: es el *soma-ten*, el toque de arrebato que pone en conmocion á toda la colonia.

Las familias se reúnen precipitadamente presas del miedo. Ni el mas ligero ruido se oye, nadie hace la mas



montado sobre un pollino de los que suelen llevar sin carga los arrieros,

ximasen á la verdad ¡pero ratones! Con guantes de cabritilla y por cierto bien holgados, me engullí una noche seis ratoncillos que encontré al salir de un baile, con que me obsequiaron los gatos del Azoquejo de Segovia, en celebracion de una de mis victorias.

II.

Es un hecho generalmente admitido desde hace siglos, que cuando una casa amenaza ruina, nuestros enemigos la desocupan y buscan otra vivienda segura, porque como todos los seres, aprecian su vida.

Hago esta observacion para probaros que nos es necesaria mucha cautela á fin de sorprender con buen éxito á las ratas.

Estos animalejos tienen establecido un gobierno que preside un gefe, primera autoridad, que se asimila mucho al rey que manda en una colmena llena de abejas.

ligera observacion. Ni aun las ratas mas despreocupadas intervienen. Todos acuden al borde del agujero, oscuro palacio, donde habita el gefe: reunidos ya, este dice:

—¡En marcha!

Obedecen ciegamente, siguiendo la direccion de las avanzadas que, ha destacado con antelacion el gefe, para evitar un encuentro con nosotros, los gatos.

El ejército avanza con precaucion.

Los de edad madura, velan sobre los jóvenes.

Está prohibido por la ordenanza *ratonil*, llevar botín alguno; al merodeador que se le coje infraganti, paga cara su desobediencia: se le mata en el acto.

Se camina por los sótanos húmedos, lugares que frecuentamos poco, haciendo cortas etapas hasta que, las avanzadas descubren un respiradero de cueva y perciben el olor de una despensa bien provista, de un almacen de comestibles, de un café ó fonda, de un cuartel, ó colegio.

III.

El ejército invasor que marcha en columna por divisiones, hace alto. Entonces un oficial del estado mayor del jefe, corre con rapidéz enroscando su pelada cola, por medio de las columnas; llega al respiradero de la cueva, endereza las orejas y abre sus narices, se cerciora que el sitio es bueno, y vuela como un rayo á comunicarlo al jefe; este, no obstante la confianza que le inspira su subordinado, dá órdenes para que acampe el ejército antes de cruzar el respiradero.

A las pocas horas la colonia ratonil se establece sin ruido en el nuevo domicilio, y comienzan los destrozos sin tardanza, pero con precaucion.

Los primeros dias es preciso desconfiar de lo desconocido; tal es el precepto de la rata.

Despues, muy paulatinamente cada familia construye un palacio de dificultosa entrada, normalizan sus costumbres, y todo queda como antes de la traslacion del territorio;



y por cierto bien holgados, me engullí una noche seis ratoncillos

las guardias se relevan diariamente, y sus centinelas están muy vigilados.

—¿Pero basta acaso esta vigilancia, para gatos que saben cumplir con sus deberes?

No basta, y el siguiente relato viene á probarlo:

Angolilla, llamado así porque sus antecesores eran oriundos de Angola, era un gato bizarro con cuya amistad me honraba; propúsome una expedicion al pais de Roqueiros, rata afamada, que mandaba una numerosa colonia y acepté desde luego su proposicion.

Estudiamos el plan de campaña despues de un opíparo banquete que nos proporcionó el descuido de una cocinera, y convinimos atacarlos por dos flancos: él por el centro del subterráneo, y yo por un tragaluz rasante á un portal. La señal de ataque era un maullido en tono de falsete, lanzado por el primero que divisase al enemigo.

Concertado el plan, estrechamos nuestras manos y cada cual marchó al punto designado.

A la media hora de estar en acecho, observé que unos ratoncillos me espiaban: á no haber temido desconcertar el plan, hubiera saltado el tragaluz y aun cuando no tenia apetito, hubiera devorado aquellos mequetrefes que desempeñaban un oficio tan vil como es el de espía.

Al poco rato, Angolilla hizo la señal convenida y nos lanzamos en medio del sótano.

Un ejército de ratas armadas de finos dientes, nos presentaron la batalla; unas compañías—sin duda de cazadores—se desplegaron en guerrilla, mientras un cuerpo de ejército tomaba posiciones cerca del tragaluz, por donde yo habia entrado y otro cuerpo, con una gritería infernal procuraba colocarse á nuestra retaguardia; trataban de cortarnos la retirada.

Angolilla y yo, saltamos con ligereza y nos colocamos sobre un reborde que habia en el muro del subterráneo, esperando el momento de atacar al ejército ratonil que con

asombro nuestro iba aumentándose prodigiosamente; por fin, me decidí á empeñar la lucha y con la vista indiqué á mi compañero el movimiento que iba á ejecutar.

Un segundo despues, salté cuidando de caer próximo al tragaluz, por si era necesario batirnos en retirada. Angolilla, menos esperto, se lanzó sobre el centro del ejército, ¡cuántos laureles alcanzamos aquel dia! nos cansamos de matar ratas; estas, por su parte se batian á la desesperada; mi compañero tenia agotada su respiracion y sus fuerzas, las patas mordidas y ensangrentadas, destrozada su piel, acortada su cola y tuerto; le veia cejar y con sentimiento no me era posible socorrerle; miles de ratas llenaban el subterráneo dándonos unas brillantes cargas, y yo, con estentóreos maullidos, le indicaba que debíamos retirarnos: no le fué posible, y hube de abandonarle á pesar mio. Me retiré cubierto el hocico y cuello de sangre

de rata; ¡cuántas cayeron degolladas por el valiente Angolilla! ¡cuántas maté en aquella jornada!

IV.

A la mañana siguiente, interesándome por su suerte, bajé con las debidas precauciones al subterráneo: en medio de él, estaba el cadáver de aquel valiente, acibillada su sedosa piel por afilados dientes, y rodeado de un montón de cadáveres de enemigos; aquel cuadro, me impresionó vivamente y me retiré, lanzando lastimeros maullidos.

En mucho tiempo no se vió asomar ni un solo habitante del país de *Roquesos*.

Después supe por un prisionero, que esta rata había muerto peleando en la batalla, y que le había sucedido en el mando de la colonia *Rabi-corta*, llamada así, por la falta de un tercio de rabo que le cortó en una refriega mi antiguo compañero *Micifuz*.

V.

Descrita esta descomunal batalla, y habiendo nombrado incidentalmente á *Micifuz*, debo hacer una declaración importante: *Samaniego*, *Príncipe*, *Andilla* y el francés *Lafontaine*, célebres fabulistas, han abusado de la candidez de los niños, contándoles en verso hechos que nunca han existido; la fábula del *Asador*, es una de tantas patrañas; es verdad que nos comimos *Micifuz* y yo cierta mañana un rico y succulento capon, pero jamás intentamos comernos el asador; la misma aclaración hago respecto á la inverosimilitud de la fábula del congreso de ratones, que tomada la idea de *Lafontaine*, escribió *Ricardo Sepúlveda*: nunca hubiéramos dejado reunirse tal congreso, aunque para ello hubiéramos necesitado reunirnos toda la raza gatuna, aquello del *cascabel*, solo á *Sepúlveda* se le ocurre, ¡cascabelitos á nosotros! Recuerdo que siendo pequeño, era la delicia de un niño á quien, por su inocencia, dispensábase me tirase de las orejas á su sabor y me pellizcase de vez en cuando; todo se lo permití, pero el día que intentó ponerme, para adornar mi cuello, un collar encarnado del que pendía un cascabel, le enseñé á mi pesar, arañándole sus manecitas, que no es fácil poner el cascabel á un gato.

VI.

Aquí concluyo mis memorias, haciendo una advertencia á mis futuros descendientes: despreciad, presentaros siempre hostiles contra una raza canina que, tiende á inutilizar nuestros servicios: hablo de los perros ratoneros, ellos solo saben degollar gallinas á mansalva, y han podido adquirir una celebridad que no merecen, gracias á los ingleses, en cuya nación tenemos pocas simpatías.

Donde hay perros ratoneros, no puede haber gatos; pero en cambio, las ratas y ratones se pasean impunemente en la casa que guardan tan feisimos canes. —*Zapiron*.

Mas de una hora estuvo el cruel matador de ratones tomando el sol.

Después que el astro del día le reanimó con sus ardientes rayos, partió con la ligereza que le permitían sus temblorosas patas, á colocarse sobre la tarima de un brasero, residencia habitual de este jubilado gato.

Roberto Iranzo Palavicino.

LOS TRES DONES.

CUENTO MORAL

dedicado á mi querida hija María de la Gloria.

(La hermosura y las riquezas hacen felices á las criaturas; á veces en la vida suelen ser auxiliares para la felicidad, pero también en ocasiones se convierten en agentes de la desgracia.)

Hace muchísimos años (allá cuando los magos y las he-

chiceras andaban por el mundo repartiendo gracias y haciendo milagros con su varita de virtudes) que vivían en una capital de provincia tres hermanas, hijas de un pobre carpintero, muy viejo ya, y que apenas ganaba lo suficiente para sostener á su familia. Habitaban en un triste y mezquino albergue, situado en las orillas de la población, completamente desprovisto de comodidades, porque sobre ser mucha su pobreza, las hijas del carpintero no hacían nada de su parte para embellecer su vivienda ni para mejorar su posición.

Las llamaban en el barrio las tres Marías, porque todas llevaban este santo nombre en obsequio á la Santísima Virgen, de quien sus padres eran estremadamente devotos.

María Estrella, la mas pequeña, era la mejor de todas, la mas aplicada y trabajadora; las otras dos, María de Gracia y María Antonia, tenían odio á la virtud y al trabajo, y solían pasarse los días enteros poniéndose en la cabeza lazos y moños, y paseándose con el cantarillo del agua desde la fuente á su casa, por el gusto de oír las lisonjas que los mozos del pueblo las prodigaban, debidas mas á su desenvoltura y desparramo que á su virtud y belleza, porque no tenían nada de bonitas.

Una oscura y tempestuosa noche de invierno, hallábanse las tres hermanas con sus ancianos padres disfrutando del benéfico calor de la lumbre que ardía abundantemente en una anchurosa chimenea, donde se asaba, esparciendo un olor agradable, un pedazo de carne, regalo que pocas veces disfrutaba aquella pobre familia.

El huracán resonaba con mas fuerza cada vez, y un fuerte aguacero había empezado á inundar las calles de la villa.

—¡Qué noche tan espantosa! dijo María Estrella dirigiéndose á una viejecita que estaba á su lado; recemos, madre mia, por los pobres viajeros que sufren en el camino los horrores de la tempestad.

—Sí, hija mia, contestó la anciana; recemos en voz baja porque tus hermanas se burlan de nuestras oraciones.

Mientras las dos mujeres elevaban sus preces al Eterno, María de Gracia y María Antonia se asomaban á la ventana.

De repente se oyeron en la puerta repetidos y fuertes golpes.

—¿Quién llama? preguntaron con aspereza las dos muchachas.

—Un pobre caminante que pide hospitalidad por amor de Dios.

—Mas abajo está la posada, buen hombre.

—Por piedad dejadme descansar un rato, que vengo enfermo y muerto de frio, y no tengo recursos para pagar el alojamiento.

—Nuestra casa no es albergue de mendigos. Seguid, y que os recojan en la posada, dijo María Antonia.

—Estoy muerto de frio, y no puedo dar ni un paso, contestó con débil voz el anciano.

—Dejadle entrar, hermanas, ¡pobrecito! dijo María Estrella adelantándose con lágrimas en los ojos y franqueando la puerta.

—Entrad, pobre anciano, dijo la caritativa jóven, ayudándole á levantarse del suelo, donde había caído desfallecido.

—Dios os lo pague, murmuró con reconocimiento.

—Venid y calentaos, dijo, llevándole al mejor sitio de la chimenea.

El carpintero y su mujer aplaudían la conducta de su hija pequeña, mirando con disgusto los malos sentimientos que demostraban las dos mayores.

Estas se pusieron á cenar, sin ocuparse para nada del infeliz mendigo, que aspiraba con envidia el apetitoso olor que exhalaba la carne asada.

María Estrella, dividiendo por la mitad el trozo que á

ella le correspondía, lo puso en un plato con un pedazo de pan, y se lo dió al anciano, diciéndole:

—Tomad, pobre hombre; tendreis hambre sin duda y aquí hay cena para todos.

—Muchas gracias, hija mia: Dios os premiará sin duda alguna, exclamó el infeliz, devorando en pocos minutos la ración.

—Si yo fuera muy rica, también me gustaria socorrer á los pobres, dijo María Antonia; pero somos tan pobres, que apenas tenemos lo bastante para nosotros.

—¿Os gustan las riquezas? dijo el pobre.

—Muchísimo. ¡Ah! Yo daría cualquier cosa por tener palacios, carruajes y criados: yo creo que la felicidad de la vida solo consiste en eso, repuso María Antonia.

—Te engañas, hermana, añadió María de Gracia: yo me figuro mas bien que la dicha consiste en la hermosura. La mas bella de las mujeres debe ser la mas feliz, porque todos á porfía la adulan, la aman y la colman de riqueza y de felicidades.

—De manera que si te dieran á escoger entre la riqueza y la hermosura, ¿qué elegirías?

—Esto último, dijo con viveza María de Gracia. Si tuviera la dicha de encontrar en mi camino algun mago ó hechicera que me concediese el don de la belleza, seria la criatura mas dichosa.

—Yo le pediría el de las riquezas, porque con dinero todo se consigue, dijo María Antonia.

—Pues yo le pediría el don de la resignación, repuso la mas pequeña de las tres hermanas.

—Tú siempre has de ser tonta, dijo la mayor.

—Qué quieres, hija, yo creo que la felicidad está en resignarse cada cual con su suerte, y si yo tuviera ese don, que me hiciera conformarme siempre con las contrariedades de la vida, creo que conseguiria ser completamente dichosa, aunque no tuviera riquezas ni hermosura, dijo María Estrella con angelical paciencia.

Sobre este tema continuaron hablando las tres hermanas mientras duró la cena.

Llegó el momento de acostarse, y se marcharon las dos mayores, sin pensar en el pobre mendigo, ni en los ancianos que, ayudados por María Estrella, fueron á descansar.

Cuando todos estuvieron durmiendo, salió María Estrella, y dijo al pobre que dormitaba en el rincón de la chimenea:

—Venid, buen anciano, y dormireis en mi cama.

—¿Y vos, pobre niña?

—Yo me quedaré en este banco; soy joven y puedo soportar mejor que vos las fatigas de una mala noche.

El mendigo la miró con enternecimiento, y sin decir palabra, fué á ocupar el casto lecho que la piadosa joven le cedía, en tanto que ella muy contenta se acostaba en un banco de madera.

Los primeros albos de la mañana disiparon la tempestad, y el día amaneció sereno y despejado.

María Estrella, que temía las burlas de sus hermanas, fué antes de que estas se levantasen á llevar un vaso de leche al pobre mendigo, y se encontró con que habia desaparecido sin saber por dónde, pues la puerta permanecía cerrada por dentro como la dejaron por la noche y las ventanas tenían fuertes barrotes de hierro.

Sobre la cama encontró tres pliegos cerrados, que contenían los tres dones que las jóvenes habian deseado poseer.

Decían los sobres:

«Don de la hermosura, para María de Gracia.»

«Don de la riqueza, para María Antonia.»

«Don de la resignación, para María Estrella.»

Abierto este último por la joven, solo encontró en él una imagen de la Virgen, que guardó religiosamente en su pecho como un tesoro sagrado.

Luego corrió á entregar los pliegos á sus hermanas, contándoles el milagro: estas los abrieron precipitadamente; el de María Antonia contenía la escritura á su nombre de un magnífico palacio con infinidad de posesiones que estaban en venta en la ciudad; en el de María de Gracia habia solamente un espejo, al que se miró en seguida, encontrando que habia desaparecido de su rostro su anterior espresion, sustituyéndola una hermosura admirable que encantó á sus mismas hermanas que la contemplaban atónitas.

María Antonia, al verla tan bella, no pudo reprimir un impulso de envidia; pero estrechó los papeles contra su pecho muy satisfecha por las riquezas que iba á poseer.

Solo María Estrella miró á las dos sin envidia, alegrándose de que fueran felices y contentándose con su figura agradable si no bella, y su pobreza.

Poco tiempo despues María Antonia, llena de altivez y orgullo, habitaba en su magnífico palacio, rodeada de numerosos criados que se agolpaban á servirla, procurando adivinar sus deseos.

Vivia sola, porque sus padres y sus hermanas se negaron á dejar su modesta vivienda.

(Se concluirá.)

Faustina Saez de Melgar.

LOS RUISEÑORES.

La primavera es la mas bella estación del año, así como la niñez primavera de la vida es la época mas feliz. La una tiene sus flores y sus pájaros, sus embalsamadas auras y sus bellísimos crepúsculos; la otra tiene sus juegos y sus alegrías, sus dorados ensueños y sus tiernas expansiones. ¡Ah! ¡quién pudiera aclimatarsu existencia en esa feliz edad! Mas resignémonos con la voluntad del que ha dispuesto lo contrario, y prosigamos nuestra peregrinación en el mundo, si no con la alegría en el alma, con la tranquilidad en la conciencia.

Cuando en la deliciosa alborada de primavera, discurrendo por frondoso bosque apenas asoma el sol su brillante disco por el Oriente, pisando una alfombra de mullido cespé humedecido con el matinal rocío, ois en la espesura esos dulces cantos con que los arpados poetas de las florestas entonan su himno de gratitud al Omnipotente, ¿no habeis sentido vuestra alma conmovida y lágrimas de la mas pura emocion han empañado vuestra mirada? Pues ese sentimiento prueba que es innata á la criatura la idea de lo bello, como la idea de la existencia de un Dios, supremo artífice de todo lo que periódicamente admiramos en la naturaleza.

Esos pájaros que cantan, y cuyas suaves melodías escuchamos con éstasis de admiración, esos pequeños seres que saludan la mañana con sus trinos y embellecen las poéticas noches de primavera con sus armoniosos gorgoros; esos pájaros que aman la libertad, de la que no abusan para hacer daño como el hombre, que apetecen la soledad de las selvas estableciendo estas viviendas en las copudas ramas del álamo ó en los espesos cañaverales que crecen en las márgenes de los rios; esos pájaros son los ruiseñores. ¿Sabeis lo que son?... Pues voy á haceros su historia.

Segun la clasificación de Cuvier y de otros célebres ornitologistas, todas las especies de los ruiseñores que se conocen pertenecen al órden de los pájaros y á la familia de los *dentirostros*.

Su condicion distintiva es el pico escotado por ambos lados cerca de la punta, lo que les permite alimentarse perfectamente con los insectos que se crían en los parages húmedos, que es donde por lo regular acostumbra á hacer su nido.

El ruiseñor, nombre con que son conocidos todos los

melodiosos cantares de los bosques, pertenece al género *Pico-fino*, el cual se divide en nueve sub-géneros, cuya enumeración no nos parece oportuno dar á nuestros lectores, porque ocuparía mas espacio del que podemos disponer. Citaremos, sin embargo, algunos. Al sub-género *rubietta* pertenecen el *ruiseñor de paredes*, *fudi-jala*, y el *cuello amarillo*; al sub-género *curruca* pertenecen la *curruca comun*, la de los *jardines*, la de la *cabeza negra*, el *ruiseñor de pantanos*, el *pintarrojo*, veinte clases mas de curruca naturales del viejo y nuevo continente, la *filomela* y quince pájaros mas de diferentes nombres. Todos ellos poseen esas armónicas entonaciones que cautivan la atención y dan al alma la alegría y la fe. ¿Qué escéptico puede dudar de la existencia de un Sér Supremo al oír las dulces notas con que un pequeño animal festeja al autor de tales prodigios? Sabemos que la ciencia los explica por medio de la estructura especial de la laringe de los pájaros, pero sobre las opiniones de los sábios hay siempre un misterio que al hombre no le es dable profundizar.

todos proclaman la infinita sabiduría, el inmenso poder del que rige los destinos del mundo ó sin cuidarse para nada de que á su voluntad se oponga la voluntad de los hombres usufructuarios de su obra. Al meditar sobre este punto no podemos menos de esclamar con la sublime elocuencia del desterrado de Patmos (el evangelista San Juan): *Grandes y admirables son tus obras joh! Señor Dios Omnipotente.*

Y hé aquí como hasta en la cosa mas inocente debemos ver un destello de la divinidad. Unos animales tan pequeños, tan insignificantes como los rruiseñores, y cuyo mérito consiste principalmente en su canto, sirven para probar la existencia de un sér que hasta el filósofo de Ferney decía—*que si no existiera se tendria que inventarlo.*—Chateaubriand, con poética frase, tambien recurre á idénticos argumentos para aducir semejante prueba. Fenelon hace lo propio; y mis pequeños lectores al oír el canto del rruiseñor en la apacible tarde de primavera, bendirán desde lo mas íntimo de su corazón al que ha hecho cosas tan buenas.

Salvador María de Fábregues.



—Venid y calentaos, dijo, llevándole al mejor sitio de la chimenea.

Explíquese en buena hora, fisiológicamente considerado, que los rruiseñores cantan porque su tráquea y su laringe no son mas que una misma cosa, ocupando la cavidad de la glotis toda su longitud y porque en vez de una poseen dos pares de cuerdas vocales; ¿pero quién ni cómo se explicará lo cadencioso y armónico del canto? Se dirá que los padres han enseñado á sus hijos, y estos á los suyos, y que así sucesivamente se ha trasmitido la filarmonía en esos animales; pero á eso replicaremos, ¿quién fué el maestro del primer rruiseñor? ¡Ah! el racionalismo no ha querido profundizar tanto; llama eso reconditeces por no darle su verdadero nombre, porque tendria que confesar lo que es el principal objeto de su infatigable tarea... trabajo perdido; vuestras tinieblas se disipan al mas pequeño rayo del sol de la verdad; nadie, absolutamente nadie que esté dotado de mediano conocimiento podrá menos de convenir que desde el átomo al pico de Himalaya, desde la hormiga al rey de las selvas, el leon,

VARIEDADES.

GEOGRAFÍA FÍSICA.

Cuando la entrada es ancha se llama *golfo abierto*, y si estrecha, *cerrado*.

La porción de mar entre dos costas opuestas y muy separadas en sus entradas y salidas, se llama *canal ó brazo de mar*.

Una extensión de mar donde se hallan muchas islas próximas entre sí de manera que desde una se suelen ver las otras, se llama *archipiélago*.

Si son pocas y cercanas, se llama *grupo*.

Con aprobacion de la autoridad eclesiástica.

IMPRESA DE JOSÉ DOMENECH, AVELLANAS, 21,